

La maravilla

Letra y música: Jean-françois Cuenca

Grabado en directo:

Jorge Pardo, saxo

Chema Callejero, piano

Coco Balasch, contrabajo

Pedro Vega de la Nuez, batería

Los amores imposibles no existen, por fortuna. Arriesgarse, atreverse, es parte del fluido que lubrica y regenera el espíritu humano. No hubo nunca, para el amor, ni muros infranqueables, ni distancias demasiado grandes. Lo que nos atemoriza e interpretamos como obstáculos son tan solo pantallas telarañosas, humo traspasable. La historia y la literatura dan fe de amores felices a pesar de todo y de todos. En esta simple constatación deberíamos dejar la introducción para esta canción. Pero no podemos. En realidad no nos dejan porque si bien ya se toleran –bueno, no siempre y desde luego no en todas partes– los afectos entre una rica y un pobre, una señora mayor y un jovenzuelo, una negra y un blanco, un judío y una musulmana, pongamos por caso, aún hay ideologías e instituciones bien nuestras y arraigadas que se creen con derecho a explicarnos que no se deben admitir los ni los amores ni los enlaces de dos ricos, dos lozanos, dos negras o dos musulmanes entre sí. Cuanto más trato de analizar sus argumentos más llevo de nuevo a la conclusión de que estoy frente a un chiste torpe y estéril. Torpe porque no ha podido nunca evitar que dos seres humanos, cualquiera que sea su sexo, se amen y estéril porque no lo conseguirán jamás. Lo único que han conseguido, y deberían avergonzarse, es que tengan que esconderse y sufran. Es tan obvio que me cuesta tratar de volver a manifestarlo sin caer en lugares comunes sobre la libertad, también la sexual, o sobre la predicación del ejemplo. Yo vería con agrado y sin sobresaltos que dos santos varones como el presidente de turno del partido conservador y el mismísimo Papa de Roma se enamoren, se casen y, de paso, adopten un niño porque, a pesar del peso tan secular como arbitrario de algunas de sus doctrinas, les reconozco de antemano talento, ternura y generosidad suficientes para hacer feliz a un huérfano. Claro que esto último es una decisión íntima que afecta tanto a la responsabilidad individual que quizá prefieran, ante la duda, dejar el huérfano a su suerte y orfandad.

Quizá sea por los años que tengo,
quizá por los que me han robado,
quizá porque creo en la vida con todas mis fuerzas,
en la suerte de buscar lo simple pero encontrar,
sin haberlo pretendido, la maravilla.
No hay amores imposibles.

Quizá me recuerde roto de tristeza,
quizá haya sufrido tanto,
porque creyera como tú que no me sucedería.
Amar a quién no debía amar, vivir y dejarme llevar,
volar con la corriente hasta la maravilla.
No hay amores prohibidos.

Quizá creas que a ti no te sirve de mucho,
quizá no me entiendas si digo
que te prenderás de la vida como yo me prendé,
que no te hará faltar buscar en el cielo para encontrar,
sin siquiera darte cuenta, la maravilla.
No hay amores imposibles.